

JOSÉ ANTONIO MARINA

es@lavanguardia.es



crear

EL PARAÍSO

Cada día me interesa más la historia, entendida no como sucesión de hechos, sino como método para saber quiénes somos. Al fin y al cabo, somos una mezcla de naturaleza y cultura, es decir, de biología e historia, y en nuestro interior resuenan múltiples voces de antepasados que no conocimos. Esto lo aprendí de un gran filósofo de luengas barbas y luengos pensamientos –William Dilthey–, que lo expresó en una frase contundente: “Al ser humano no se le conoce mediante la introspección, sino estudiando lo que ha hecho a

lo largo de la historia”. En efecto, hay una serie de intereses, de preocupaciones, de sueños, de actos que se repiten una y otra vez en todas las sociedades, en todos los momentos históricos y que revelan nuestra esencia. Los humanos siempre han inventado lenguajes, pintado, hecho música, creado religiones, buscado explicaciones a lo que veían. El origen de nuestra especie debió de coincidir con la emergencia de esos nuevos y poderosos deseos.

Hoy voy a centrarme en una constante histórica, tal vez menor, pero que me parece muy significativa. Con una perseverancia que no puede ser casual, la especie humana ha creído en un paraíso pasado y perdido. La Biblia comienza en el paraíso terrenal. El mito sumerio de Enki empieza con la descripción de un país feliz, al que para ser un paraíso solo le falta agua. Enki consigue de Uru,

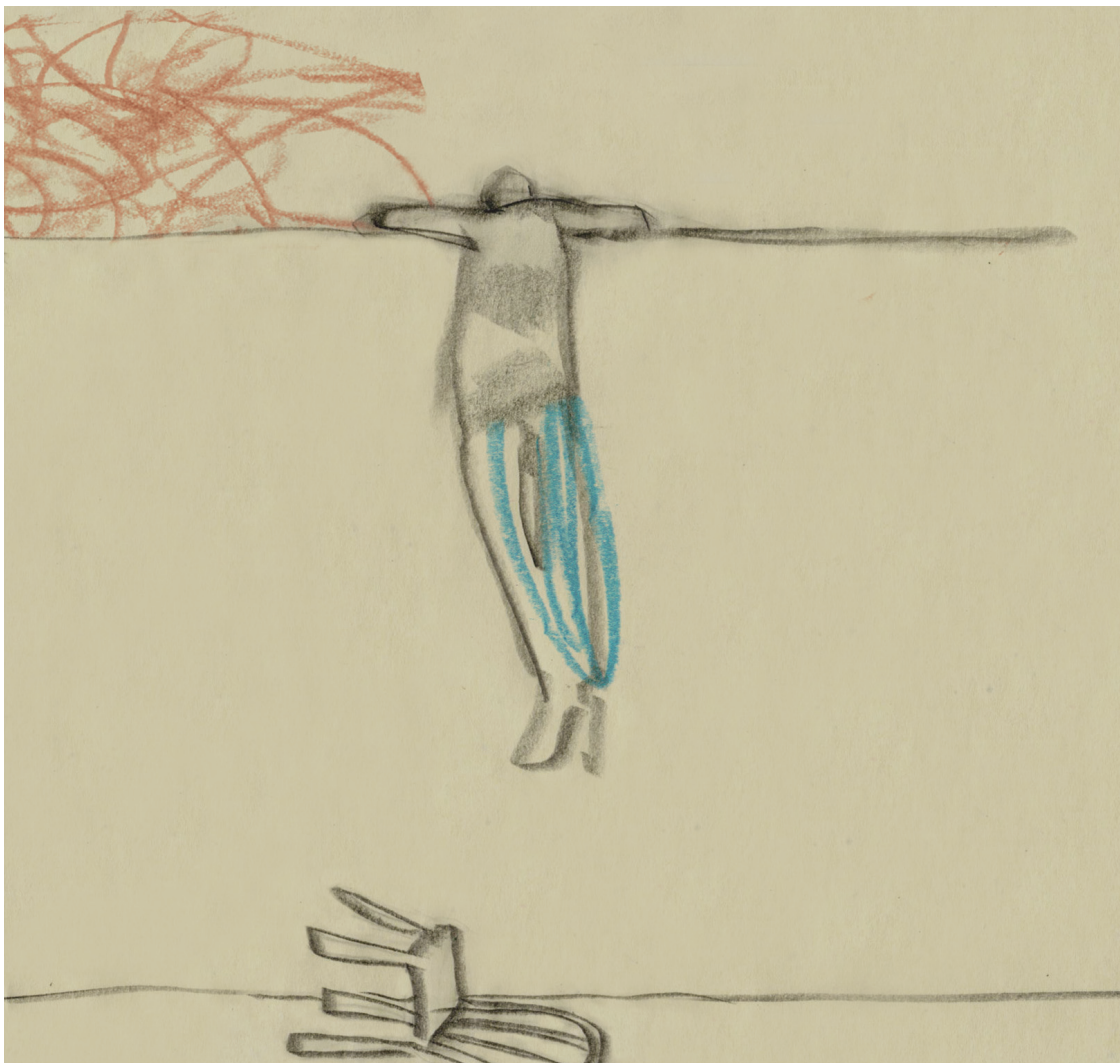
el dios solar, el agua necesaria para convertirlo en un jardín. Homero, Hesíodo, Virgilio, Ovidio creyeron que había habido una edad de oro y que vivíamos en plena decadencia. “Dichosa edad y siglos dichosos aquellos”, gemía don Quijote. La imaginación de los humanos ha creado diferentes figuras del paraíso: el jardín del Edén, Arcadia, los Campos Elíseos, las Islas Afortunadas, el reino del Preste Juan, el país de Jauja de nuestros cuentos infantiles.

¿Qué nos dice esta insistencia acerca del corazón humano? Que somos seres nostálgicos. Nostalgia es la enfermedad de la distancia, la tristeza producida por la lejanía del hogar, el abatimiento

EL HOMBRE LLEVA EN SU CORAZÓN UN DESEO DE NOSTALGIA, DEL PASADO COMO DEL FUTURO, PARA DAR SENTIDO AL PRESENTE

del que desea regresar y no puede, del que se da cuenta de lo que ha perdido. Lo curioso es que nunca hubo un paraíso terrenal. El comienzo de nuestra historia es la selva. ¿De dónde viene entonces esa nostalgia sin fundamento? Creo que de nuestra necesidad de dar sentido a la precariedad del presente. Lo hacemos situando el objetivo de

nuestra felicidad lejos, en el pasado o en el futuro, porque, en el fondo, la nostalgia es optimista. Cree que la felicidad ha sido posible. Por eso, junto a la nostalgia de lo ya perdido hay la nostalgia de lo porvenir. La inagotable esperanza humana deja de mirar atrás y mira hacia delante. El paraíso se convierte en utopía, en promesa celestial, en el *walhalla*, en el paraíso musulmán o en programa político. Para los pensadores de la Ilustración francesa, el paraíso era América. Esta es la gran historia del mito, pero me gustaría hacer su pequeña crónica. Paraíso es una palabra humilde, procede del persa *apiri-deza*, que significaba “jardín rodeado de un muro”, el *hortus conclusus* medieval. Por lo tanto, si tuviera que hacer una “historia del paraíso”, tendría que escribir una “historia de los jardines”, que es lo mío. Pero tendrá que esperar a otra ocasión. ■



Raúl